

La muerte en los tiempos de Facebook

Emiliano Álvarez

HACE UNOS MESES MURIÓ el hermano más chico de mi padre. Tenía veintisiete años. Yo, como todas las mañanas, llegué a mi trabajo a las once. Prendí la computadora. Revisé mi correo y en mi bandeja de entrada, como siempre, se me informaba que en Facebook tal “amigo” había comentado el estado de tal otro. Entré a la página, le di seguimiento a los comentarios y me quedé un rato revisando las “noticias” recientes.

Mi padre tiene once hermanos. Con él suman doce: nueve del primer matrimonio de mi abuelo, dos del segundo y uno del tercero. Mi padre pertenece al primer grupo; mi tío que acaba de morir, al último. A pesar de ser medios hermanos, de una apabullante diferencia de edad y de nunca haber vivido juntos, entre mi padre y mi tío existía una amistad profunda. Yo mismo —mucho más cercano en edad y en muchas otras cosas— construí con él una amistad profunda. Con frecuencia nos reuníamos en casa de mis padres a comer y nos daba la madrugada, o casi, platicando. Con él, como con pocas personas —con ningún otro



de mis tíos; con casi ninguno de mis primos; con sólo algunos de mis amigos más cercanos—, he logrado entablar conversaciones realmente intensas y memorables. Conversaciones sobre todo y de todo tipo. Hace unos cinco meses, me enteré que llevaba algunos otros enfermo, y que dentro de pocos más sería padre.

Ese viernes (el de su muerte), revisando las noticias de Facebook, vi que una de mis tías escribió en su muro: “Me acaban de dar una noticia que nos destroza el corazón. Nuestro hermano pequeño se fue!!!! Dios!!!! Te necesitamos todos. Abrazalo por favor.”. Todo espíritu

acostumbrado a usar las así llamadas redes sociales entenderá que enterarse de la muerte de alguien tan cercano por esos medios es algo que, a falta de otra palabra, llamaré desconcertante.

Imagínese usted haber estado en mis zapatos. Esas noticias, tradicionalmente, están envueltas de una retórica que amortigua el impacto: “Mira, tengo algo que decirte, pero siéntate... Pasó esto o pasó lo otro. Ven, te abrazo.” Ya con el “siéntate”, uno se prepara para las malas noticias, uno sabe que, en unos momentos, tendremos que poner una cara de sorpresa; uno puede, tal vez, preparar el llanto. En esos casos, habrá algunos que prefieran fingir que no pasa nada, que están bien; habrá otros que prefieran exagerar un poco, como una forma de pedir consuelo. Y toda esa retórica, como las señas y los gestos de un ritual, nos reconforta y tranquiliza.

La frialdad lumínica y blanquecina del monitor, y el ambiente al que el sitio de Facebook es más propicio (me refiero al de los chismes intrascendentes y de los pequeños juegos de ingenio con los que solemos regodearnos) parecían decirme, con un golpe duro a la cabeza, que la muerte es lo más irrelevante y fútil; y aquel que crea lo contrario es un ingenuo. Imagine leer semejante noticia después de “tengo antojo de brownies” y de “chale, qué lluvia... quedé hecha una sopa”. Usted dirá que mi tía, la tía que escribió en su muro la noticia, es muy torpe —y tendrá usted toda la razón—, pero estoy seguro, lo que me sucedió no es una situación poco común.

Pero el problema continúa. Si usted tiene una cuenta en Facebook, sabrá que para acceder a ella, como a cualquier cuenta creada en Internet, necesita de una contraseña que usted, y sólo usted, sabe. Pues bien, mi tío tenía una cuenta de Facebook. O, mejor dicho, tiene: como nadie poseía la información de su cuenta, nadie ha podido cerrarla. Pero usted dirá, bueno, se queda ahí la cuenta y hacemos como que no existe y ¡listo!... Pero no. Ya hace una semana, Facebook tuvo la

Fotografías: Alejandro Arteaga



amabilidad de informarme que era el cumpleaños de mi tío, y me invitó, como siempre, a felicitarlo en tan especial ocasión. ¿Cómo se felicita a un muerto el día de su cumpleaños? ¿Se le dice: *felicidades porque no pasaste de los 27 o felicidades, hoy hubieras cumplido 28, qué mala onda que no llegaste?*

Asimismo, muchos de los “amigos” de Facebook de mi tío (varios de mis familiares incluidos) no dejan de escribirle en su muro cosas como: “Que tengas un buen viaje. Cuídanos desde donde estés” o “Ha pasado una semana y todavía no me resigno a no tenerte ya nunca más al lado” u “Oye pues la semana pasada anduvimos recordándote mucho, brindamos en tu honor por todos los buenos momentos... siempre estás en mi corazón, en mi mente, en mi alma de sol. Te quiero”. Y a uno, ajeno a tal patetismo, en las “notificaciones recientes” no dejan de aparecerle todas esas y más demostraciones extrañas de afecto.

¿Por qué alguien escribiría en el muro de un muerto? Supongo que a muchos de mis familiares les funciona como una especie de bálsamo, como ir a dejar flores a una tumba. Sin embargo, pareciera un afán de hacer público ese acto: no hay nada menos íntimo que el Facebook. Así, ¿escribe uno por el muerto o escribe por uno mismo?, ¿escribe con verdadero dolor o escribe para que los otros vean que le duele? Ya parezco viejito cascarrabias en esta época de la modernidad tecnológica. Pero piénselo un momento: la muerte es ya un elemento más en un chismógrafo que no acaba de escribirse, algo perteneciente a la ley del consumo. Tal vez lo sea desde hace mucho tiempo y el Facebook sólo ha venido a hacerlo más evidente.

Algo curioso: con toda esta situación pensé en “borrar” de mis amigos del Facebook a mi tío, de manera que el sitio ya no me siguiera mostrando todas esas notificaciones relacionadas con él. Pero me sentí incapaz: como si eso fuera una afrenta en contra suya.

La verdad es que el Facebook también tiene muchísimas ventajas que no me interesa enumerar en este momento. Por cierto, ya dejé escrita por ahí, en varios de esos papeles que la gente revisa cuando la gente muere, mi contraseña de la cuenta de Facebook, para que, de ser el caso, alguien pueda cerrar mi cuenta, definitivamente. ¿Ya hizo usted lo mismo? 

